

LAICOS CRISTIANOS EN LA EUROPA MEDIEVAL

JOSÉ ORLANDIS

1. LA IMAGEN DEL SIMPLE FIEL EN LAS SOCIEDADES ROMANA Y MEDIEVAL

San Jerónimo hacía provenir el término laico del griego «laos» —pueblo—, y en el lenguaje canónico ha servido tradicionalmente para designar a aquellos fieles que no pertenecen a la Jerarquía eclesiástica ni se encuentran pública y establemente consagrados al servicio de Dios¹. Desde los primeros siglos de la Iglesia, es posible ya identificar a estos fieles cristianos. Son aquellos cuya vida y costumbres reflejaba la carta a Diogneto, que no se diferenciaban de sus conciudadanos «ni por razón de su lugar de origen, ni de su habla, ni por su modo de vivir»². Los cristianos que los Apologistas del siglo II presentaban ante los emperadores y magistrados como ejemplo de súbditos leales, fieles cumplidores de sus deberes cívicos y sociales. Aquellos cristianos, en fin, que el propio filósofo anticristiano Celso denunciaba como pioneros de la expansión apostólica, porque se aprovechaban de sus profesiones laicales —caldederos y zapateros, lavanderos o maestros—, para penetrar en las mismas casas particulares y sembrar allí la semilla evangélica³.

En la Edad Media, la fuerte impregnación religiosa y monástica de la sociedad hace que las fuentes documentales tengan polarizada de modo preferente la atención sobre aquellos cristianos cuya condición laical se hallaba de algún modo afectada por el entorno canónico y social. Hubo laicos que pretendieron ser asimilados a los clérigos para poder gozar con éstos del *privilegium fori*. Oblatos, donados, terciarios, penitentes, cruzados, beguinas, criados de clérigos e incluso estudiantes universitarios ansiaban conseguir una condición que les permitiera disfrutar en alguna medida de los privilegios religiosos y cle-

1. J. HERVADA, *Tres estudios sobre el uso del término laico*, Pamplona 1973.

2. *Epistola ad Diognetum*, 5.1.

3. ORIGENES, *Contra Celsum*, 3, 55. Vid. A. FAIVRE, *Les laïcs aux origines de l'Église*, Paris 1984.

ricales. Yo mismo, en un estudio titulado *Traditio corporis et animae*, examiné tiempo atrás las diversas formas que revistió en la Alta Edad Media española la relación de *familiaritas*, por la que muchos laicos se vinculaban establemente a un monasterio⁴.

Estas condicionantes históricas hacen más difícil la reconstrucción de la imagen del laico cristiano en la Europa medieval. En una sociedad de reciente cristianización y con arraigados atavismos, como lo fue la de los tiempos bárbaros es comprensible que el esfuerzo del gobernante cristiano hubiera de encaminarse ante todo a conseguir que los súbditos adquirieran un mínimo de práctica religiosa, regular, de acuerdo con las exigencias de la disciplina canónica. Tal era la finalidad que perseguían los capitulares eclesiásticos de la Francia carolingia: imponer, no sólo como deber religioso sino también como obligación civil, el bautismo de los niños, la instrucción religiosa, el descanso dominical, la asistencia a misa en los días de precepto, etc.⁵. La relativa inmadurez religiosa de amplios sectores de la sociedad occidental en los siglos bárbaros, unida a su sensible «clericalización» en la época de la Cristiandad, aconseja buscar de modo preferente la imagen del laico cristiano entre algunos individuos de los estratos superiores de aquella sociedad, sobre los que existe una mejor información documental. Convendrá por tanto dedicar especial atención a ciertas figuras de príncipes y caballeros cristianos.

2. LA PERSONALIDAD CRISTIANO-BARBÁRICA DE CARLOMAGNO

A juicio de sus más insignes contemporáneos, Carlomagno fue un ejemplo grandioso de príncipe cristiano. Carlos —escribió Alcuino— es otro rey David. «Con el mismo nombre, animado de la misma virtud y de igual fe, éste es ahora nuestro caudillo y nuestro jefe: “un jefe a cuya sombra” el pueblo cristiano goza en paz y que por doquier inspira terror a las naciones paganas; un caudillo, cuya devoción no deja de fortificar por su firmeza evangélica la fe católica contra los herejes, velando para que nada contrario a la doctrina de los Apóstoles vaya a introducirse en cualquier lugar»⁶. Eginhardo, el autor de su «Vida», enaltece su piedad y devoción personal: acudía, mañana y tarde a la iglesia, a la Misa y a los Oficios nocturnos. Su honda reli-

4. J. ORLANDIS, «*Traditio corporis et animae*». *Laicos y Monasterios en la Alta Edad Media española*, publicado en el «Anuario de Historia del Derecho» XXIV (1954) y reproducido en el volumen *Instituciones monásticas; medievales*, Pamplona 1971, pp. 203-378. Vid. también, Dom U. BERLIÈRE, *La Familia dans les monastères bénédictins du Moyen Age*, Bruxelles 1931.

5. L. HALPHEN, *Carlomagno y el Imperio carolingio*, Madrid 1992, pp. 176-181.

6. *Ibid.*, p. 181.

giosidad le llevó a construir en Aquisgrán un templo de extraordinaria hermosura y gran riqueza⁷, y a hacer grandes donaciones a la iglesia de S. Pedro de Roma y a los Papas. Socorría generosamente a los pobres, y también —buena muestra de su sentido de catolicidad— a los cristianos de Ultramar, que se encontraban en situación difícil, bajo el dominio del Islam⁸. La defensa de la Fe católica fue uno de los objetivos permanentes de su política, como lo prueba su actitud militante frente a la herejía Adopcionista⁹.

Eginhardo hacía un sentido elogio de la personalidad de Carlomagno: de su sobriedad en la comida y la bebida, de su afición a la lectura de las obras de San Agustín¹⁰, de su preocupación por la educación de los hijos¹¹. La única sombra en la personalidad de Carlomagno, que impide presentarlo como modelo ejemplar de príncipe cristiano, es la referente a su vida familiar, y en particular a su concepción del matrimonio. Éste, al menos en la *praxis*, no estuvo regido por las normas de la moral evangélica sino por unos hábitos tradicionales bárbaros, todavía pre-cristianos. Y es significativo que los biógrafos contemporáneos no traten de disimular su conducta, sino que la expongan con toda naturalidad y sin ánimo de crítica, o censura. Cuatro esposas se sucedieron unidas a él por matrimonio cristiano o por el matrimonio germánico conocido con el nombre de «Friedelehe»¹²; y tuvo también varias concubinas. El emperador mostró parecido afecto tanto por la descendencia legítima como por la ilegítima¹³.

3. EL IDEAL DEL PRÍNCIPE CRISTIANO

La literatura medieval ha encontrado en el campo de la hagiografía la imagen del príncipe cristiano. La propia Liturgia de la Iglesia la

7. EGINHARDO, *Vida de Carlomagno*, 26, Madrid 1996.

8. *Ibid.*, 27.

9. Vid. R. D'ABADAL, *La batalla del Adopcionismo en la desintegración de la Iglesia visigoda*, Barcelona 1946; J. RIVERA RECIO, *El Adopcionismo en España, Siglo VIII, Historia y doctrina*, Toledo 1980; J. ORLANDIS, *La circunstancia histórica del Adopcionismo español*, en «Scripta Theologica» XXVI (1994) 1079-1091.

10. EGINHARDO, *Vida...*, 24.

11. *Ibid.*, 19.

12. P. RICHÉ, *Les Carolingiens. Une famille qui fit l'Europe*, Paris 1940, p. 1940. J. Orlandis plantea la hipótesis de que Recaredo estuviera también unido por una relación de «Friedelehe», con su esposa Baddo, hasta comienzos del año 589; vid. *Baddo, gloriosa regina*, en *De Tertulien aux Mozarabes. Mélanges offerts à Jacques Fontaine*, Paris 1992. El trabajo aparece reproducido en el volumen *Estudios de Historia Eclesiástica visigoda*, Pamplona 1998, pp. 93-103.

13. EGINHARDO, *Vida...*, 18-19.

ha hecho suya recurriendo al testimonio de santos reyes, que ha incorporado como lecturas propias del Oficio divino. Entre estos testimonios pueden recordarse dos, que revisten la forma de exhortaciones dirigidas por esos reyes a sus hijos y futuros sucesores.

La adhesión a la fe católica era la primera exigencia que hacía a su hijo San Esteban, el primer rey católico de Hungría (1000-1038). Tratar a todos sus súbditos con piedad, misericordia y paciencia, habría de ser su constante norma de conducta. La virtud de la fortaleza, vivida de forma que no envanezca en horas de prosperidad ni desaliente cuando llega la adversidad, inspiraría al heredero en la recta administración de la justicia. Humildad, modestia, mansedumbre serían virtudes personales del príncipe. Y también el pudor, la limpieza de vida, que rechaza «como un estímulo de muerte» las bajas de la concupiscencia. Hay que poner de relieve esta última recomendación, que tiene especial significado en una sociedad de tan reciente cristianización como era la magia de comienzos del *siglo* XI¹⁴.

Dos siglos más tarde, san Luis rey de Francia (1226-1270) escribió un testamento espiritual, dirigido a su hijo Felipe III el Atrevido. Amar a Dios de todo corazón y rechazar el pecado —si fuera preciso hasta sufrir el martirio— habrían de ser sus constantes disposiciones. Sufrir la tribulación con acción de gracias y agradecer igualmente la prosperidad, eran consejos avalados por la experiencia de la vida del propio monarca. San Luis hacía especial hincapié en el deber de hacer recta justicia, sin inclinarse hacia una u otra parte y, en todo caso, estando siempre más dispuesto en favor del pobre que del poderoso. El rey pedía al hijo que fuera personalmente piadoso y asistiera con devoción a los Oficios divinos, procurando orar tanto con la boca como con el corazón. Y le instaba a ser obediente a la Santa Iglesia Romana y al Papa, al que habría de considerar como su padre espiritual¹⁵.

4. EL SERVICIO DEL BUEN VASALLO

Los textos citados tienen evidente interés, pero su alcance es limitado, pues contemplan tan solo al gobernante cristiano y a sus virtudes específicas. Importa fijar ahora la atención en la figura del vasallo

14. *PL.*, 151, cols. 1236-1237 y 1242-1244. El texto ha sido recogido como segunda lectura de la liturgia de las horas, correspondiente a la memoria de San Esteban, en el día 16 de agosto.

15. *Acta Sanctorum Augusti* (1868), col. 546. El texto ha sido recogido como segunda lectura en la «memoria» de San Luis, el día 25 de agosto.

cristiano, y en los deberes y servicios que se le exigían en aquella sociedad estamental.

En la segunda mitad de siglo VIII, Paulo Diácono, monje de Montecasino e historiador de los Longobardos, hizo para el emperador Carlomagno una copia rigurosamente fiel de la Regla de San Benito, a la que se agregó un *comentario*, atribuido también tradicionalmente a él, aunque quizá sea de autor desconocido¹⁶. En la glosa al capítulo quinto de la Regla, el comentarista hace una nítida distinción entre el servicio del siervo y el del vasallo: *Servus servit domino suo ne flagelletur*, «el siervo sirve a su amo para no ser flagelado»; en cambio, *Basallus servit seniori suo propter fidem suam quam professus est illi servire*, «el vasallo sirve a su señor por razón de la fidelidad con que ha prometido servirle». La fidelidad aparece, pues, como virtud esencial en el servicio de Dios; pero también —como virtud moral— en el servicio vasallático sobre el que estaba fundada la sociedad feudal¹⁷.

Un siglo más tarde, una señora franca —Dhuoda—, casada con el duque Bernardo de Septimania, escribió un célebre «Manual», destinado a la educación cristiana, moral y social de su hijo Guillermo¹⁸. Como pone de relieve el editor en español —Marcelo Merino—, es admirable que «en una época en que el ideal cristiano predominante era la “fuga del mundo”, Dhuoda presenta el ideal de vida cristiana para los laicos»¹⁹. Un ideal en el que las virtudes religiosas y las sociales —vasalláticas, según la mentalidad de entonces, cívicas, se diría hoy— se integran en un conjunto armónico.

Dhuoda habla a su hijo de Dios, de la doctrina de la Trinidad, de las virtudes teologales, de la vida de oración y de varios temas más. Pero a la vez le exhorta al cumplimiento de sus deberes de joven vasallo, como otro componente de su vida cristiana. «Tienes a Carlos por señor —le instruye...—; no le sirvas sólo para ser agradable a sus ojos... guárdale en toda ocasión una fidelidad religiosa, leal y segura»²⁰. «Así pues, hijo Guillermo —le insiste— sé leal con tu señor, vigilante, cuidadoso y dignísimo en el servicio»²¹; y, todavía más adelante: «Sé siempre, joven noble, fuerte y valiente en Cristo»²².

16. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, I, Madrid 1994, p. 119, n. 48; también Paolo Diacono, *Storia dei Longobardi*, L. CAPUTO (ed.), Milano 1992, p. XXVIII, n. 2.

17. *San Benito, su Vida y su Regla*, G.M. COLOMBÁS, L.M. SANSEGUNDO y O.M. CUNILL (ed.), Madrid 1954, cap. V, *De oboedientia*, 1-4.

18. DHUODA, *La educación cristiana de mi hijo*, M. MERINO (ed.), Pamplona 1995.

19. *Ibid.*, p. 29.

20. *Ibid.*, III, 4, 1.

21. *Ibid.*, III, 4, 4.

22. *Ibid.*, XI, 2, 1.

5. EL CABALLERO CRISTIANO MEDIEVAL

Cuando en la Baja Edad Media, el caballero había sucedido al vasallo, ese caballero aparece como un dechado de virtudes morales propias de su estado de laico cristiano. «*El Victorial*», la «*Crónica*» de don Pero Niño²³, exalta en estos términos la figura del auténtico caballero: «No son todos caballeros cuantos cabalgan caballos, ni cuantos arman caballeros los reyes no son todos caballeros. Han el nombre, más no hacen el ejercicio de la guerra... Traen el hábito y el nombre, más no guardan la regla»²⁴. Y «*El Victorial*» magnifica la ascética de la caballería, su vida dura, tan distinta de la de quienes se dedicaban a oficios comunes: «Los caballeros en la guerra comen el pan con dolor; los vicios de ella son dolores e sudores, un buen día entre muchos malos; pónense a todos los trabajos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros; aventuran sus vidas a morir o vivir»²⁵.

Sería imperdonable no recordar; antes de poner fin a estas consideraciones, a quien fue el prototipo del vasallo español medieval, según el testimonio concorde de la literatura y de la historia: Rodrigo Díez de Vivar, el Cid campeador, «¡Dios; que buen vasallo si hubiera buen señor!», era el lamento de los burgueses de Burgos, que no se atrevían a hospedarle porque el rey Alfonso lo había declarado proscrito.

«Llegó a Santa María —se lee en el “Poema del Cid”—, luego descabalgó, fincó los inojos, —de corazón rogaba. La oración fecha, —luego cabalgaba»²⁶. Oración y quehacer secular se alternaban en la jornada del Cid, gracias a una armónica unidad de vida, que gustaba poner de relieve el Beato Josemaría Escrivá, en cuyo Centenario se celebra este Simposio. Oración y Misa preceden igualmente la partida del Cid desde Cardeña, camino del destierro: «La oración fecha —la Misa acabada la han, salieron de la iglesia—, ya quieren cabalgar»²⁷. El héroe castellano es un buen exponente del cristiano laico medieval.

23. R. IGLESIA (ed.), *El Victorial. Crónica de don Pero Niño*, por Gutiérrez Díez de Gama, Madrid 1936.

24. *Ibid.*, p. 18.

25. *Ibid.*, pp. 18-19.

26. J. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Poema del Cid*, Zaragoza 1969, vv. 20, 51-53.

27. *Ibid.*, vv. 365-366.